

por debajo de arcos triunfales. Aquí también hubo arcos y muchos dísticos, *Te Deum*, imprecaciones y banquete.

En la noche se nos ha dicho que vamos á permanecer aquí cuatro ó cinco días haciendo preparativos, esperando además los pertrechos que vienen en camino y las tropas que se deben reconcentrar.

Abril 2.—El general Presidente visitó en su casa al venerable general don Nicolás Bravo, que no ha querido tomar parte en la revolución, ni tampoco, según dicen, acompañar á Su Alteza Serenísima en la campaña que vamos á emprender, negativa que, aseguran, ha causado á éste grandísimo enojo, y aun agregan que lo ha amenazado con todos los rayos de su cólera.

Abril 3.—Hay ahora dos cosas notables además del muy regular calor que está haciendo: una, que repentinamente se han puesto enfermos de gravedad el general Bravo y su mujer, como si á ambos se les hubiese ministrado un tósigo. El general Presidente tan luego como fué informado del suceso, les envió su médico de cámara, de modo que bien puede asegurarse cuál será la suerte de los infelices enfermos. El otro acontecimiento notable fué, que al salir el general Presidente á inspeccionar algunos cuerpos, se le paró en el hombro una águila real. Yo no soy tan cándido para creerlo; pero se nos ha prevenido que todos digamos que es cierto, aunque no lo hayamos visto, para que se crea por los habitantes de la Nación que nuestro general Presidente está en buenas relaciones con la corte celestial.

Abril 4.—No hubo novedad.

Abril 5.—Hemos salido más que de prisa, porque se ha sabido que el general Bravo está espirando y circulan rumores. . . .

Abril 6.—Pasamos la noche á dos leguas de Chilpancingo. Ahora vamos ya en marcha para Acapulco á buscar al enemigo.

Abril 7.—Hoy sólo vieron los exploradores algunas pequeñas partidas de cinco ó seis hombres sobre los cerros, y al pasar por un cañón se dispararon sobre la columna unos cuantos tiros que hirieron á un oficial y un sargento. El general Presidente se puso colérico.

Abril 8 al 12.—Hemos hecho jornadas muy cortas, porque los caminos, además de ser muy escabrosos, están sembrados de trozos de árboles que ha sido necesario ir removiendo. Todos los días ha habido tiroteos con las guerrillas que nos hostilizan desde los cerros. La tropa va muy disgustada por el calor, por la mala alimentación y por las desveladas, pues tanto de día como de noche tenemos tiroteos y alarmas.

Abril 13.—Hoy hemos cruzado el río del Papagallo, teniendo que sostener un combate reñido en el punto que se llama el Coquillo. El enemigo, que nos atacó con denuedo, se componía de unos cuatrocientos hombres, sin uniforme, unos á pié y otros montados, pero hacían un fuego bien dirigido y tan graneado como si fueran más del doble. Han hecho trabajar mucho al general Presidente, que hasta después de tres cargas que duraron hora y media, logró desalojarlos del punto que ocupaban, haciéndoles prisioneros á dos oficiales que con arrojo se metieron entre nosotros, llamados don José Miguel Indart y don Nicanor Vargas, ambos capitanes. ¡No envidio la suerte que espera á esos desgraciados! El enemigo nos causó más de sesenta bajas.

Abril 14.—Se mandaron los heridos á Chilpancingo y nosotros seguimos nuestra marcha para Acapulco.

Abril 17.—El enemigo volvió á presentarse, pero en corto número, y pronto fué ahuyentado por los cazadores.

Abril 18.—Tuvimos grande alarma, porque vimos desprenderse una fuerza de una alta eminencia á nuestro frente, pero desapareció á poco detrás de una arboleda. Nos hemos detenido á tres leguas de Acapulco para llegar mañana temprano á la vista de la plaza. El general Presidente ha estado trabajando toda la tarde y toda la noche escribiendo cartas y mandando emisarios en todas direcciones. Dicen que ha mandado ofrecer doscientos mil pesos y un alto empleo al señor Comonfort que manda en la fortaleza. Se asegura que á nuestra retaguardia están Alvarez y Moreno con el grueso del ejército pronunciado, que se compone de unos mil doscientos hombres muy mal armados.

Abril 19.—Como salimos tarde porque el general Presidente quiere antes revistar su ejército, avistamos las primeras casas á las once de la mañana y luego fuimos situados con todo orden por el Norte desde las Huertas hasta el Farellón. Ha reinado en el castillo de San Diego, que es todo lo que tiene el enemigo, un silencio sepulcral. A eso de las tres de la tarde el general Presidente, con su Estado Mayor, se dirigió á escoger posiciones y fué cañoneado, por lo que tuvo que retirarse. Como es muy habil en estrategia, mandó colocar unas banderas blancas en los puntos más próximos á la fortaleza que debían ocupar nuestras tropas, pero los del puerto las hicieron quitar á cañonazos. El general Presidente no pudo hacer ni en la tarde los reconocimientos que deseaba, porque no le permitieron acercarse, y se retiró lleno de indignación. En la orden del día circulada esta noche, se dice que la fortaleza

sólo está defendida por quinientos hombres, sin víveres, y que mañana será tomada y castigados severamente los rebeldes.

Abril 20.—Mucho movimiento hubo en nuestro campo á las dos de la mañana. A las tres se puso en marcha una columna de novecientos hombres para dar el asalto y otra de igual número la siguió para apoyarla con toda la artillería. La reserva se formó con tres mil hombres y el resto del ejército se mandó á llamar la atención por otros rumbos. Se puede decir que vamos á dar el asalto con todo el ejército de más de seis mil hombres, de modo que de los quinientos pronunciados no quedará ni el polvo. La columna de vanguardia llegó á las obras exteriores á las tres y media de la mañana, y fué detenida con el fuego de fusilería y de cañón que se le hizo á quemarropa: no obstante, siguió avanzando poco después, y al ser rechazada por las reservas, dejó más de doscientos prisioneros dentro del recinto fortificado. Igual suerte corrieron las otras columnas de ataque, encontrando en todas partes una poderosa resistencia. Al aclarar el día se vió el desorden que reinaba en nuestras filas, y el mismo general Presidente acudió á reorganizarlas, con riesgo de su preciosa vida. Todos los generales le suplicaron que no la expusiera; pero no hizo caso, y su presencia sirvió para que se moralizaran las tropas, emprendiendo nuevos ataques á plena luz, lo cual sólo sirvió para que los sitiados vieran bien á dónde debía converger la defensa, lo cual hicieron como si hubiera en el castillo muchos miles de hombres, multiplicándose Comonfort con sus reservas. Ese jefe hizo una salida vigorosa y se llevó muchos prisioneros. Entonces nos retiramos, y una fuerza nuestra que se extravió por el lado de la ciudad fué perseguida hasta los cerros, perdiendo gente.

El combate fué desgraciado para nosotros, y por la tarde el general Presidente mandó de parlamentarios al general don Manuel Céspedes y á don José Genar; pero se volvieron con la cola entre las piernas. Siguiéron las hostilidades, pero flojas.

Abril 21.—Volvieron otra vez los comisionados al castillo y ofrecieron mil cosas á Comonfort, pero no quiso venderse. El 22 y el 23 hubo algunos tiroteos y mucha deserción.

Abril 24.—Estamos estupefactos: lejos de dar otro asalto, los cuerpos de infantería van á situarse muy lejos á nuestra retaguardia. ¿Habrá allí enemigo?

Abril 25.—Todo el ejército se retira para el Herrador y acampa á dos leguas de la plaza. El general Presidente para vengarse del gran fracaso, mandó ahorcar á los dos capitanes hechos prisioneros en el Coquillo, los que fueron además fusilados en las mismas ramas de los árboles de donde pendían, para mayor castigo.

Abril 26.—Emprendemos la marcha de retirada y de derrota, regando el camino de fusiles, mochilas, maletas y cargas de parque, como si un enemigo superior viniera pisándonos la retaguardia. Nadie puede creer lo que pasa, y todos los oficiales dicen ó que su S. A. Serenísima ha perdido el juicio, ó que el águila de Chilpancingo fué el pronóstico de su perdición. . . .

Hasta aquí el diario del oficial santanista, cuyas últimas palabras demuestran que se había eclipsado en Acapulco la estrella del Dictador.



CAPITULO IX.

Convulsiones de la fiera.

LA primera herida mortal que recibió Santa-Anna con su fracaso delante de Acapulco, lo hizo encabritarse y llenarse de furor á tal punto, que ordenó la destrucción de todo cuanto se encontró en su camino, y así su florido ejército se convirtió en hordas de salvajes: las rancherías, haciendas y poblaciones fueron reducidas á escombros. Los pueblos de las Cruces, de la Venta, Dos Arroyos, Caahuatepec y los demás por donde pasaban, fueron primero saqueados é incendiados en seguida. Sus noches de vivac eran iluminadas por la luz del incendio de los graneros y las fincas. Se desquitaba el Dictador arruinando á toda la gente pacífica del Sur, ya que nada había podido hacer al puñado de valientes que lo habían rechazado de la fortaleza de San Diego, que por cierto no tenía de fortaleza más que el nombre.